

10 junio | 1 noviembre 2026

Sala Princesa Zaida (Museo de Cuenca) | Cuenca

Organizan: Fundación Antonio Pérez y Museo de Cuenca

Bonifacio Alfonso


GRABADO Y PINTURA EN LA COLECCIÓN DE LA FUNDACIÓN ANTONIO PÉREZ

Bonifacio Alfonso, Grabado y Pintura en la Colección de la Fundación Antonio Pérez muestra una pequeña selección de la obra de Bonifacio conservada en los fondos de la FAP, uno de los pintores más interesantes, coherentes y, sin embargo, menos conocidos del último cuarto del siglo XX. Un pintor prolífico, un gran dibujante y un grabador de enorme calidad.

Bonifacio (San Sebastián, 1933–2011) estuvo muy ligado a Cuenca, ciudad a la que llegó, como casi todos los que lo hicieron en aquellos años, atraído por el influjo del Museo de Arte Abstracto. En 1967 Fernando Zóbel lo conoció en Bilbao, descubrió su gran potencial y le animó a trasladarse a la ciudad, donde se instaló durante veintiocho años y estableció su estudio en la calle del Trabuco. En Cuenca aprendió a grabar con Antonio Lorenzo y mantuvo relación, entre otros, con Saura, Millares, Guerrero, Torner, Gerardo Rueda, Sempere o Rivera, además de consolidar una gran amistad con Antonio Pérez.

En 1976 Antonio Pérez escribió, junto con Fernando Zóbel y Antonio Saura, un texto sobre Bonifacio titulado *Del limbo al laberinto*. En 1979 la Editorial Antojos publicó el libro de artista *Tomilleros*, con doce serigrafías originales y un texto de Antonio Pérez. En 1989 le encargaron, junto a Gustavo Torner, el diseño de las vidrieras del ábside de la Catedral de Cuenca. Bonifacio falleció a finales de diciembre de 2011 en San Sebastián, dejando tras de sí un enorme legado artístico.

Bonifacio, artista de prolífica trayectoria y extenso currículum, comenzó a dibujar y colorear siendo niño y, con apenas catorce años, empezó a trabajar, compaginando su afición a la pintura con múltiples oficios, que abandonó al llegar a la treintena para dedicarse en exclusiva a pintar. Se dedicó al mundo del toro y tuvo una etapa de maletilla, universo que abandonó pese a su gran afición, pero que aparece recurrentemente en su obra pictórica mediante arabescos brutales que



plasman el feroz encuentro entre el hombre y la bestia. Trabajó también como pintor de brocha gorda y en varias imprentas de artes gráficas de Bilbao.

Su obra atrajo a la crítica y a muchos de los artistas contemporáneos con los que convivió. Expuso regularmente en algunas de las galerías españolas más prestigiosas, entre ellas Juana Mordó y Antonio Machón. Fue galardonado con el Premio Nacional de Grabado (1993) y con el Premio de las Artes de la Comunidad de Madrid (2005). El Círculo de Bellas Artes de Madrid le dedicó en 2007 una amplia retrospectiva titulada *En los campos de batalla*, acompañada por el documental *La cicatriz de la pintura*. Su obra se encuentra hoy en importantes museos y colecciones públicas nacionales e internacionales.

La exposición *Bonifacio Alfonso, Grabado y Pintura en la Colección de la Fundación Antonio Pérez* reúne una selección de obras procedentes de los fondos de la FAP: pinturas sobre tela y papel, así como grabados realizados en técnicas como la litografía, el aguafuerte o la serigrafía. La muestra se complementa con la carpeta de aguafuertes *Sopas y Manjares*.

En la exposición podemos admirar sus procesos creativos: cómo construye constantemente, corrige, deshace y difumina; cómo el azar, la improvisación y el desorden ordenado constituyen el leitmotiv de su obra; y cómo

se sirve de diversos materiales para la creación de sus cuadros: lápices blandos, materiales grasos, collages, etc.

Todos sus dibujos están compuestos por personajes y figuras arraigados a una base mediante pies y cabezas. Durante sus años en Cuenca cultivó una gran pasión por la entomología y la pesca, convirtiéndose los insectos en protagonistas de muchas de sus obras. Los cazaba y luego los utilizaba como modelo para sus dibujos y grabados, realizados con minuciosa precisión. Así, personajes, objetos y animales habitan espacios indefinidos en su universo plástico.

Muchas de sus obras están dominadas por el sexo, el erotismo y el deseo, tanto de personajes masculinos y femeninos como de monstruos. Sus cuadros están plagados de seres extraños y deformes, formas e imágenes que surgen de una imaginación delirante, llena de fantasmas y obsesiones, fruto de una observación constante del mundo y de la vida que le rodea. Sus cuadros son investigaciones y experimentos constantes; reflejan problemas, dudas e inseguridades nacidos de otras realidades. El propio Bonifacio decía: «Nunca he vivido el placer de la pintura... Para mí es un combate, un conflicto importante... Es como una ceremonia dramática. El cuadro es un objeto que te da vida o te la quita y, al igual que los toros, deja huellas».